

ENSAYO

El país de las palabras



Marina Gasparini
LABERINTO VENECIANO
Barcelona, Candaya,
2011, 126 pp.

✎ **MIGUEL GOMES**

En un libro insustituible, *Prospects of Power*, John Snyder sostiene que el ensayo, tal como lo conocemos desde Montaigne, suele convertirse en vehículo de una religión laica en que el hablante blasfema con un irónico *Soy el que Soy*: lo crucial del género es que posibilita un desafiante “ejercicio de la voz”. El Borges de *Historia de la noche*, con un parecer similar, había sentenciado que Montaigne merece nuestra memoria por haber sido el “inventor de la intimidad”. La certidumbre compartida en ambos casos es que el *Soy* característico del ensayo clásico se revela más como personaje que como persona —palabra que se despoja del individuo para reclamar su frágil verbalidad.

Desde una intimidad cuidadosamente inventada, sin aspavientos confesionales e indisoluble del lenguaje, nos habla el personaje-actor que Marina Gasparini ha creado en su *Laberinto veneciano*. La cuestión del género resulta desde el principio insoslayable porque no sería demasiado extraño suponer equívocamente en el libro una vaga filiación a la literatura de viajes, hoy favorecida por los avatares de la mundialización. Los desplazamientos geográficos en la prosa de Gasparini, sin embargo, se anulan o neutralizan desde la imagen rectora del título, motivo central de varias secciones: la filotopía extrema de sus ensayos nos invita, de hecho, a la inmovilidad trascendente, a la firme contemplación intelectual y afectiva de un lugar elevado a suma de experiencias transpersonales, donde los viajes dejan de ser físicos. “Una noche de verano caminaba por calles que no sabía adónde me conducirían”, advierte la primera línea del primer capítulo, y pronto nos enteraremos de que la ruta seguida está más en los meandros del *yo* que en la ciudad casi personificada cuyo laborioso retrato leemos: “A la mañana siguiente deambulé infructuosamente buscando las calles por las que había caminado. Venecia de nuevo

me dejaba con el silencio en que nos sume la conciencia del misterio.” Pese a lo anterior, no todo se esfuma en la indeterminación, porque un sistema se delinea, despejada la suma de perplejidades temporales gracias a la paradoja que el espacio plantea: “Meses después, una penumbra fuera del tiempo acompañada de un sigilo sin aliento me permitieron reconocer el lugar ante el que había reclinado la cabeza en repetido gesto. Era el laberinto. El mío.”

La clave está en unas líneas de María Zambrano de inmediato recordadas: “Venecia es para mí un enigma que se deja ver, un laberinto que se aparece y que no hay que esforzarse por buscar, porque si se lo busca no se encuentra jamás.” Venecia es el nombre geográfico que da Gasparini a una región del decir y la conciencia; su mapa introspectivo se traza en ensayos donde convergen múltiples discursos acerca de la ciudad o producidos en ella, sean literarios (el exilio de Brodsky en Venecia, cap. IX), mitográficos (Orfeo, cap. XI) o inspirados por la música (*Parsifal en Venecia* de Sinopoli, cap. I) y, especialmente, las artes plásticas (las *Cárceles* de Piranesi, el *Desollamiento de Marsias* de Tiziano, caps. II y III). Laberinto, en fin, de la cultura occidental diseñado por



SÍGUENOS

[twitter.com/
letras_libres](https://twitter.com/letras_libres)



BÚSCANOS



Me gusta

